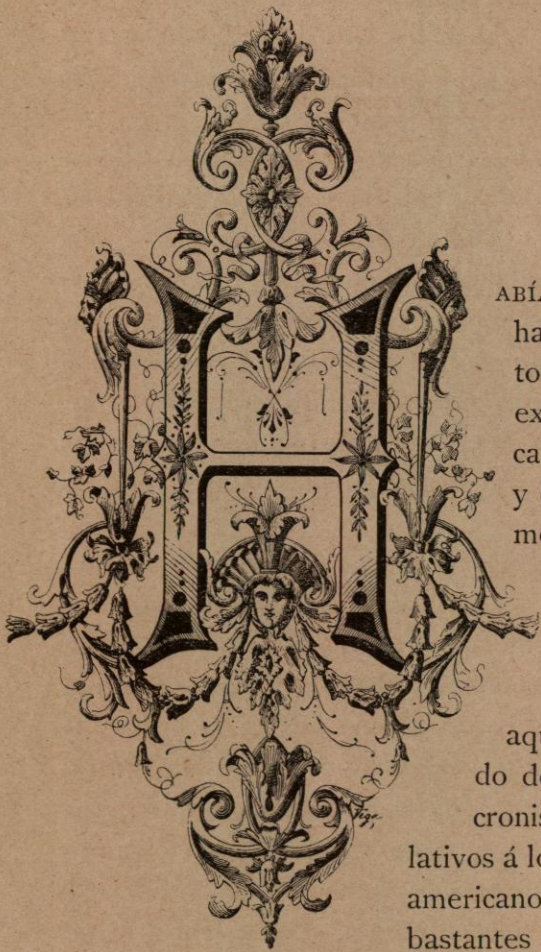


Núm. 104. Piedra llamada de los «sacrificios». Longitud 1,90 (un metro y noventa centímetros).—Cementerio del Guayabo en Turrialba.

ARQUEOLOGÍA COSTARRICENSE



ABÍA sido considerada la República de Costa Rica, hasta en los últimos años, como un país desprovisto de antigüedades indígenas, y solamente así se explica que varios exploradores europeos y americanos hayan recorrido el país en todas direcciones y en diversas épocas, describiendo siempre su numerosa fauna y exuberante vegetación, ocupándose, aunque en menor escala, de sus múltiples volcanes y rica conformación geológica, sin consagrar sino vagos recuerdos á los pueblos antiguos que en agrupaciones numerosas ocupaban aquel privilegiado suelo, antes y durante el período de la conquista española. Bien es cierto que los cronistas del siglo xvi nos dan detalles preciosos relativos á los pobladores de aquella garganta del continente americano; pero sus descripciones no son completas, ni bastantes para reconstruir esa historia, al parecer borrada y perdida en la obscuridad de los tiempos, como muy bien lo ha dicho el eminente Dr. Bastián.



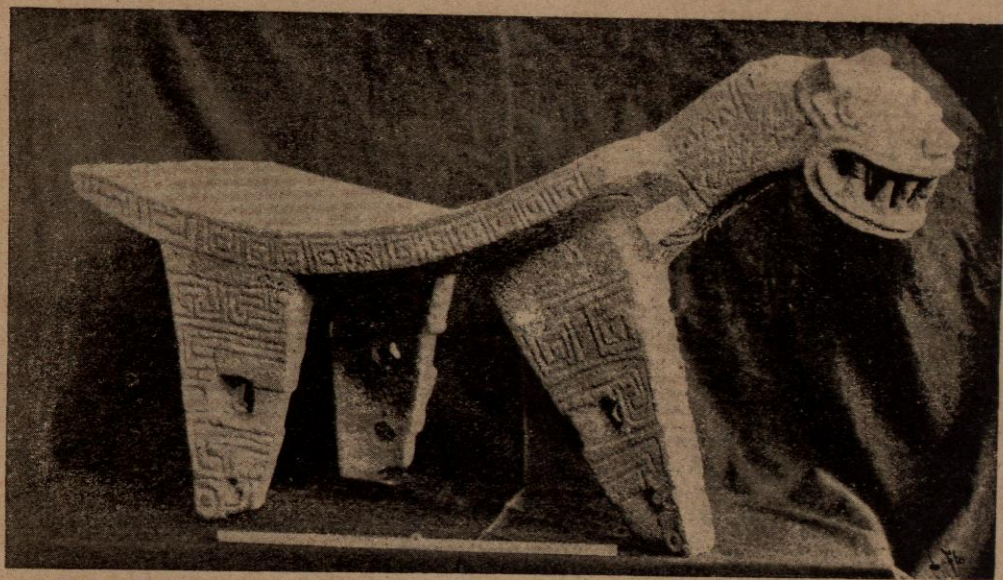
Núm. 5.834. Ídolo de oro fundido, sin rastro alguno de soldadura, como se observa en todas las piezas metálicas de Costa Rica.—Bugabito Colección Thiel. (Tamaño natural).

Los muchos miles de figuras de oro presentadas por los indios á los primeros expedicionarios europeos que recorrieron la costa del Pacífico, en toda la extensión de la provincia de Cartago ó Costa Rica, pasaron á fundirse, sin que se conserve de ellas ni siquiera dibujos ordinarios. En la expedición de Gil González, por ejemplo, se recogió oro en aquellos pueblos por valor de 40.000 pesos de entonces; el cacique de Nicoya solamente dió 13.442 pescos, además de «seis ídolos de oro de la grandura de un palmo». En la costa del Atlántico el oro era igualmente abundante entre los indios: un capitán español, de apellido Muñoz, recogió tantos idolillos en el valle inmediato á la boca del río Estrella, que pudo llenar dos cajas de las que llevaban entonces de España con clavazón; las sepultó en la raíz de un seiba, con la intención de recogerlas cuando hubiese colectado mayor cantidad; pero, desgraciadamente, al tratar de ascender por la margen del río con sus soldados, se vió acometido por los indios y perseguido hasta la costa, sin que le dieran tiempo de sacar su tesoro. Las vasijas de barro, primorosamente dibujadas, que usaban los pobladores de la isla de Chira, se consideraban hasta hace poco suprimidas para siempre de los anales de las manufacturas humanas, y se creía que sus contornos, dibujos y colores no volverían á excitar la curiosidad de los hombres blancos. Mas las investigaciones arqueológicas se han iniciado con provecho en los últimos tiempos, y las joyas de oro reaparecen, la cerámica se reconstruye con toda su abundancia y variedad primitivas, y los utensilios é ídolos de piedra atraen de nuevo las miradas de los europeos y americanos. En la Exposición Histórico-Americana se exhiben actualmente numerosas y variadas colecciones, como prueba de que los objetos en que se basa la historia precolombina no han desaparecido en absoluto; y llegará una época en que la arqueología y la lingüística, unidas en estrecho abrazo, nos marquen con certeza absoluta sobre el mapa de Costa Rica las huellas de los diversos pueblos americanos que pasaron por ese puente gigantesco de las dos Américas.

Las investigaciones practicadas hasta ahora en el país no han enriquecido aún á la ciencia con el descubrimiento de ruinas antiguas, y las crónicas de los conquistadores tan sólo citan construcciones ligeras de palma, semejantes á la casa de recreo del cacique de Suerre, que en 1544 dibujó el expedicionario italiano Jerónimo Benzoni, sentado probablemente en la raíz de un árbol, ó sobre alguna piedra, á orillas del río Suerre, hoy llamado Pacuare. El Dr. S. Habel encontró en la meseta central, hace pocos años, algunos restos de edificios antiguos en las inmediaciones de Santa María de Dota; pero citando sus palabras: «Lo que quedaba entonces eran los muros exteriores de un edificio circular de setenta y ocho pies de diámetro, que sobresalían dos pies y medio de la superficie del suelo; el espacio interior estaba lleno de tierra...» Un amigo nuestro, Mr. Garvis, que también visitó aquella localidad hace pocos meses, nos aseguró haber visto en las cercanías de la pequeña población de Bue-

nos Aires la base de un edificio cuadrado, que conserva aún una gradería en el centro de cada lado, é igualmente lleno de tierra el espacio interior. Pero esas bases de construcciones antiguas están hechas con piedras de río, sin argamasa que las sujete, y desprovistas en sí de relieves ó adornos, por lo cual no presentan indicio alguno para creer que sobre ellas se levantaron edificios de paredes consistentes, como los encontrados en Nicaragua, Guatemala y México. Sin embargo, ésta no es razón suficiente para asegurar que Costa Rica no posea, bajo las capas de humus vegetal, algunos restos de construcciones pertenecientes á los pueblos precolombinos, y pudiera suceder que, al desmontar los bosques, al construir nuevas vías de ferrocarril, ó por otra circunstancia cualquiera, se descubran nuevos documentos arqueológicos que nos prueben la existencia de otros pueblos de civilización más avanzada.

Mientras se practican exploraciones sistemáticas, debemos dirigir la vista á las sepulturas antiguas, observarlas, describirlas, conservar los objetos que ellas encierran, coleccionarlos y clasificarlos, para obtener, por medio de la comparación, el mayor número de luces que nos guíen al través de ese intrincado laberinto conocido comunmente con el nombre de historia precolombina.



Núm. 3.304. Metate chorotega de Nicoya.—Colección Matarrita. (Longitud, setenta centímetros).

Creemos que la arqueología no podrá hacer divisiones muy marcadas y precisas, basándose en los objetos hasta ahora descubiertos, por que los pueblos vecinos se cambiaban sus productos y artefactos, y eran tantos y estaban tan en comunicación unos con otros, que los historiadores antiguos citan más de treinta nombres de pueblos diferentes, haciendo al propio tiempo referencia á sus relaciones de comercio. En algunos puntos, como en Turrialba por ejemplo, se puede seguir todavía en largas distancias el camino amplio que aquel pueblo tenía para comunicarse con sus

vecinos los de las llanuras bajas de la provincia de Suerre. Por otra parte, los nahuas, que llevaron allí muchas artes y costumbres de los aztecas, se hallaban esparcidos por uno y otro lado del país. Pero si la arqueología no puede marcar las diferencias que hay entre los residuos de dos pueblos inmediatos y congéneres, sí nos hace desde luego tres divisiones principales: la región del Noroeste, hacia el golfo de Nicoya, habitada antiguamente por los chorotegas ó mangues, que se extendían por aquella parte hasta internarse en Nicaragua; al Sur y al Oeste de la cordillera, donde están hoy Térraba y Boruca, vivían varios pueblos; mas las antigüedades que se conocen de aquella región probablemente pertenecieron á los cotos ó brunca; y, por último, la vertiente oriental del país, que forma un ángulo inmenso, cuyo vértice se halla en la altiplanicie central y con sus lados abarca toda la costa del Atlántico, comprendía una multitud de pueblos conocidos con el nombre genérico de güetares.

* * *

Es muy fácil encontrar sepulturas antiguas en cualquier punto del territorio de Costa Rica, las cuales se manifiestan unas veces con cuadrados de piedras colocadas de punta; otras por montones de piedra, también de río, pero hacinadas con tal profusión, que llegan hasta formar verdaderos túmulos elípticos, que miden algunos metros en su diámetro mayor, aunque debemos confesar que jamás hemos visto durante nuestras visitas á diversos puntos ningún túmulo de piedras tan grande como los encontrados por el Dr. Bovallius en la isla Zapatera del lago de Nicaragua; otras veces no hay rastro alguno que indique la presencia de las guacas; y ha habido muchos casos en que al abrir un agujero en el terreno, con cualquier motivo, se encuentren una figura de oro, ó al pasar el arado por un terreno para sembrar maíz, aparezcan águilas de oro, metates y otros objetos de valor, no solamente para la ciencia, sino también para los trabajadores mismos, que buen provecho saben sacar de esos hallazgos.

En la construcción interior de las sepulturas hay gran variedad; mas por regla general, los objetos arqueológicos, como idolillos de oro, figuras de piedra, armas, metates y piezas de cerámica, todo se encuentra siempre dentro de la sepultura. Apenas si aparecen restos humanos de vez en cuando, pero en tan mal estado de conservación, que al tratar de recogerlos se deshacen en la mayor parte de los casos. Los cráneos que se han podido salvar ponen bien de manifiesto la diferencia de las dos razas principales, chorotegas y güetares: la cabeza de los primeros era abultada por los lados, casi redonda, mientras que la de los segundos es ovalada y se parece más á la de los europeos.

En la provincia de Guanacaste, habitada antiguamente, como dijimos, por los chorotegas ó mangues, se hallan con profusión las sepulturas. En el Sardinal, cerca del viejo pueblo de Diriá, hay como doscientas sepulturas indígenas, indicadas por simples aglomeraciones de piedras, pues esa era la costumbre antiguamente establecida

en aquella parte del país. Hacia la frontera de Nicaragua ví en las costas del Junquillal y Conventillos grandes montones de conchas que alcanzan de dos á tres metros de altura, pero al tratar de conocer su origen sólo encontré en toda su conformación hasta la base conchas, caracoles, pedazos de vasijas de barro, y de vez en cuando algún resto de metate, lo cual me convenció de que aquellos montones no son otra cosa que residuos de antiguas pesquerías ó de pequeños pueblos de pescadores que vivían en las bahías de Salinas y Elena, ambas preciosas y muy ricas en mariscos. Lo único que encontré en esta región que revista el carácter especial de cementerio, es un espacio pequeño de terreno, llamado el «potrero de las guacas,» en la hacienda de *Mogica*, que pertenece al Licenciado D. Bernardo Soto: allí hay cuatro montículos al parecer artificiales por su forma y colocación geométrica; en la parte baja, en el centro de los montículos, hay una piedra de forma cilíndrica, como de dos metros de largo, que está clavada de punta, á manera de columna, y tiene grabadas alrededor calaveras y otros símbolos de la muerte. En toda esta provincia de Guanacaste cuesta mucho trabajo el abrir una sepultura antigua, pues á la dureza uniforme del terreno hay que agregar que los objetos arqueológicos están á dos y tres metros de profundidad, en el mayor desorden, sin que haya ningún indicio que lo dirija á uno con seguridad al lugar en que se halla cada pieza, lo cual origina la rotura de la mayor parte de ellas, porque siempre están mezcladas con la tierra, piedras y guijarros que los indios podían conseguir para llenar el hueco.

Las sepulturas de Boruca ya representan mayor trabajo, porque tienen paredes como las de los güetares. De estos últimos nos ocuparemos más extensamente, por ser los que construían verdaderas sepulturas, gastando muchas fuerzas y paciencia para acarrear el material que en tales construcciones habían de emplear.

Tres tipos principales de sepulturas se encuentran siempre en los cementerios de los indios güetares. La primera forma y más común consiste en un cajón de lajas sepultado á medio metro ó menos de la superficie del suelo, y algunas veces las lluvias han lavado tanto el terreno, que las lajas superiores, que constituyen la tapa de la guaca, se hallan al descubierto; en ese caso, cinco minutos después de encontrada ésta se puede observar su contenido. Debemos tener presente que todas las sepulturas de los güetares se hallan siempre colocadas de Oriente á Poniente, conservando la parte más ancha hacia el Oeste, por ser ese el lado que debe ocupar la cabeza del difunto; debe también tenerse en cuenta que el interior se halla invariablemente lleno de tierra. Las dimensiones de estos sepulcros varían; pero tomando uno del cementerio del Guayabo, por ejemplo, podemos concretar las medidas siguientes: longitud, un metro y noventa centímetros; ancho en la cabecera, un metro; ancho en los pies, ochenta centímetros; y profundidad ó altura del cajón, sesenta centímetros. En el ángulo derecho á la cabecera de esta sepultura encontramos una ollita de barro tapada herméticamente con un platito trípode invertido, esto es, con las patas hacia arriba; la ollita contenía carbones bien conservados, porque una vez gastado el oxígeno que naturalmente contenía la vasija, cesó la combustión, y ni la tie-

rra ni la humedad pudieron penetrar dentro de la olla para destruir los últimos restos de aquel sahumero con que los deudos del muerto acompañaron su cadáver hasta la otra vida.

En otros casos las lajas de color gris se hallan sustituidas por rocas calcáreas, ó bien la excavación en el terreno se profundiza hasta dos metros, y al encontrar un fondo calcáreo, como se observa en el cementerio de «Aguacaliente», se encuentra el hueco ó nicho cavado en la roca misma y cubierto con lajas por encima. Al descubrir uno de estos sepulcros, que estaba á dos metros bajo la superficie del suelo, encontramos en él tres cadáveres: uno extendido longitudinalmente como en un ataúd, con la cabeza al Poniente; otro con la cabeza hacia el Este; y los restos de un tercero, que probablemente fué el primero que ocupó la sepultura original y que por lo mismo se hallaban sus huesos hechos un montoncito en el centro de la sepultura; ésta

era tan pequeña que no les dejó espacio alguno para depositar dentro de ella los haberes de los muertos, ni siquiera los objetos de menores dimensiones.

El cementerio llamado de Aguacaliente ocupa una gran extensión de terreno plano al Sur y á corta distancia de la ciudad de Cartago. Hoy pertenece á la familia de Troyo y ha producido más de 5.000 muestras arqueológicas de oro, cobre, piedra y barro, llegando á tal grado la riqueza de sus guacas, que una sola ha producido, además de otros objetos, 18 joyas de oro, contándose entre ellas tres patenas grandes de las que los jefes indios usaban en el pecho y en los brazos. Más de cien figuras de oro de las que exhibe actualmente Costa Rica proceden del cementerio de Aguacaliente.



Núm. 6.410. Ídolo de 40 centímetros de alto, que representa una figura desnuda de varón de gruesas piernas, pero de buenas proporciones y con el sexo bien marcado. Se halla de pie y puede admirarse la habilidad del artífice en buscarle el centro de gravedad, porque sin tener otro sustentáculo que sus pies, conserva siempre la posición vertical. Los brazos y el tronco están igualmente bien delineados, como las piernas; una mano descansa sobre la cadera derecha y con la izquierda muestra un rico collar de joyas que le cuelgan sobre el pecho, lo cual nos induce á creer que ésta es la representación de un jefe distinguido. La boca es demasiado grande; la nariz forma un arco desde la frente hasta el labio superior; las orejas están agujereadas y en la cabeza ostenta un doble casco, á manera de bonetes cilindricos y colocados el de menor diámetro sobre el mayor.—Turrialba (El Guayabo), Octubre, 1891. Alfaro. M. N.

*
* *

El cementerio del Guayabo se encuentra situado en la falda oriental del volcán de Turrialba como á 1.000 metros de elevación sobre el nivel del mar y distante 10 kilómetros próximamente de la línea del ferrocarril y de las márgenes del río Reventazón. El espacio de terreno que ocupa es muy pequeño, pero las sepulturas están tan apiñadas que muchas veces una misma muralla separa dos nichos diferentes. Esto unido á que en la localidad se disfruta de una temperatura agradable de 22° centígrados, hace creer que

aquél fué un centro de población importante, pues aunque el terreno es en lo gene-

ral quebrado, hay excelentes aguas potables, la vegetación es de la más exuberante y variada que tiene Costa Rica y las montañas están pobladas, de ciervos, dantas, jabalíes y otros mamíferos, así como de pavos, perdices y demás aves que suministraban á los indios carne abundante y sabrosa. La agricultura también debió de ser allí fuente inagotable de riqueza, dada la feracidad del suelo.

Los trabajos practicados por los indios en el cementerio del Guayabo son más extensos y formales que los encontrados en otros puntos del país; el sitio en que se hallan las sepulturas está todo dividido en varios círculos de diez ó doce metros de diámetro, formados con filas de piedras grandes, unas de río y otras de roca ó lava volcánica, que tan abundante es en aquellos alrededores. Entre unos y otros círculos hay caminos artísticamente trazados. En la parte central se encuentra una fuente emparedada por muros de piedra, con el objeto de que el agua se mantenga siempre cristalina; el desagüe de la fuente está construído á manera de atarjea, cubierta con lajas tan grandes y pesadas, que en la actualidad pasan por allí diariamente carros cargados y jamás se ha alterado el orden en que los indios las dejaron colocadas.

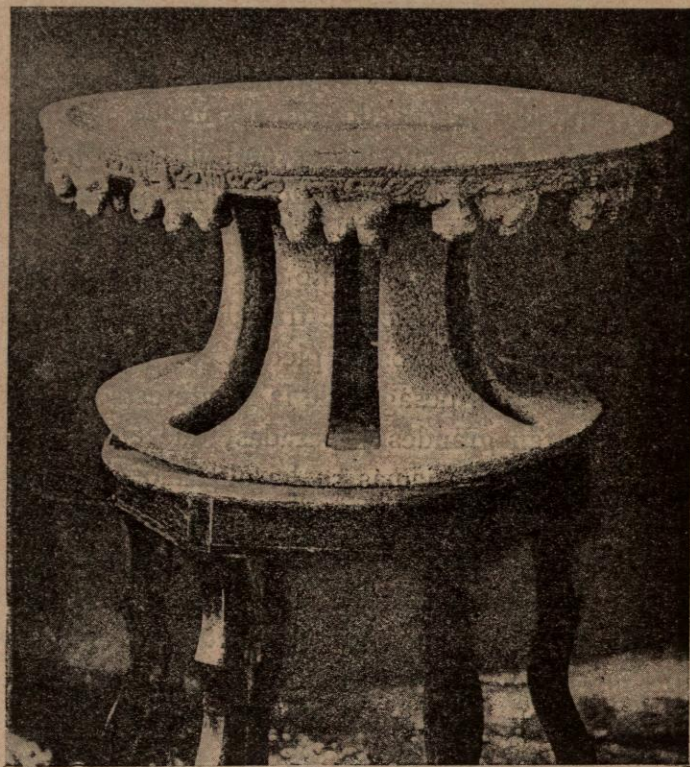
En las cercanías del cementerio se encuentran rocas esculpidas, relieves de animales caprichosos, metates rudimentarios, piedras á medio cortar, etc., todo lo cual prueba que aquel fué un pueblo activo y trabajador. Más todavía si se tiene en cuenta que no disponían en absoluto de instrumentos metálicos para trabajar esas piedras durísimas, de que formaban las mesas ornamentales que ahora hemos encontrado dentro de las sepulturas. Las lajas mismas con que construían los puentes y sepulturas tenían que llevarlas desde largas distancias, habiendo de por medio peñas al parecer inaccesibles.

Hacia la parte oriental del cementerio hay un montículo de quince metros de diámetro y tres de altura, hecho artificialmente con tierra y una espiral de piedras grandes alrededor, á fin de que tuviese mayor consistencia. En la parte superior de este montículo hay tres sepulturas espaciosas, construídas en forma de cajón, con lajas planas, tanto en las cabeceras y costados, como en el fondo y tapa. A nuestro juicio, éstas debieron de ser guacas ricas; pero cuando visitamos nosotros aquel cementerio, ya alguien se había ocupado de abrirlas. Al Sudeste del montículo, y á distancia apenas de diez metros, se encuentra una sepultura espaciosa de dos metros y setenta centímetros de largo, por un metro ochenta centímetros de ancho y un metro noventa centímetros de profundidad. En ésta las paredes son de piedras sobrepuestas, á manera de pretil, sin mezcla alguna que las sujete, más que su estudiada colocación; el fondo está tapizado con lajas, y la tapa formada de grandes lajas, que descansan atravesadas sobre las paredes laterales. De esta sepultura sacó el Sr. Troyo la piedra llamada «de los sacrificios» y la mesa redonda ornamental de mayor tamaño que exhibe Costa Rica.

A dos metros de distancia de esta sepultura encontramos otra semejante, que nadie había podido abrir porque sobre ella crecía un árbol corpulento. Desgraciada-

mente, las raíces habían destruído todas las vasijas de barro, y sólo pudimos obtener de ella algunos cuchillos de pizarra cuarzosa, uno de serpentina, dos de pedernal, un ídolo de piedra volcánica, cuatro cabezas, una mesa ornamental de cincuenta y un centímetros de diámetro y un cascabel de oro. La mesa se hallaba sepultada en el fondo y hacia la cabecera, de modo que, limpia en absoluto la sepultura, no se veía de la mesa más que la superficie superior; el resto del fondo estaba tapizado con lajas, y sobre ellas los objetos ya mencionados, con excepción del cascabel, que se hallaba debajo de las patas de la mesa, envuelto en una arcilla blanca. Por lo que respecta á las piezas de cerámica, su distribución varía en cada sepultura: en algunas hay dos ó tres ejemplares solamente, mientras que en otras se cuentan hasta dieciocho de esas vasijas de patas largas y cónicas, que tan comunes eran en Turrialba. La distribución de las joyas de oro también varía: unas veces se hallan en vasijas de barro á la cabecera, y otras mezcladas con la tierra donde debió quedar el pecho del cadáver.

Finalmente, hay sepulturas güetares, en la provincia de Suerre, que tienen un ídolo de piedra grande y roto formando muro en cada una de las esquinas interiores de la fosa.



Núm. 108. Mesa ornamental hecha de roca volcánica y hallada dentro de una sepultura en el cementerio del Guayabo, Turrialba. (Diámetro, setenta y cinco centímetros).

ANASTASIO ALFARO,

Director del Museo Nacional de Costa Rica y Comisario especial en la Exposición Histórico-Americana.

NOTA. Para obtener detalles concretos con respecto á las antigüedades costarricenses, véase el Catálogo especificado de esta sección que se publica por cuenta de nuestro Gobierno.